

Cuando nieve

Andrea Solbes



Capítulo 1

Cuando nieve

A la vertiginosa velocidad que le permitía su cansado y viejo cuerpo, y gracias al apoyo de su desgastado bastón tallado en madera de roble, Ezra se dirigió a la ventana que estaba junto al rincón que había destinado a sus lecturas nocturnas. Este espacio, compuesto por dos sillones orejeros, uno para sí mismo y el otro para cualquier aventurero que osara compartir un debate acalorado sobre matemáticas, política, ciencia o cualquier otro tema de interés, había sido testigo durante los últimos años de la rutina diaria del octogenario propietario de aquella mansión a las afueras de la ciudad.

Levantarse a las 7 de la mañana, asearse, peinarse sus cabellos canosos que en algún momento fueron de un rojo intenso, vestirse con unos pantalones marrones con su camisa a juego de cuadros y, según la época, colocarse encima un suéter gris desgastado pero muy cómodo. Finalmente, cogía su bastón de madera y se acercaba a la ventana para comprobar que ahí seguía, como siempre, el Sauce Llorón.

Aquel espléndido árbol presidía el jardín trasero de la mansión y era imposible no quedarse maravillado ante su belleza y porte. Pero sobre todo por su curiosa particularidad: sus hojas azules.

Ezra llevó su mirada al cielo y aquel día volvía a estar despejado. Parecía que el sol brindaría, muy a su pesar y de nuevo, un precioso y soleado día de Navidad. Gruñó entre dientes maldiciendo el buen día y sentó su cuerpo en el sillón que estaba orientado hacia el jardín. El botón del pantalón le apretó el estómago y fue entonces cuando añoró su túnica de hechicero.

"*Solo cuando nieve*". Aquellas palabras resonaron en su mente y condenó el día que decidió que aquel fuera el detonador de sus únicos momentos de felicidad. ¿Quién le habría dicho a él que el calentamiento global impediría las nevadas en los últimos años? Jamás hubiera imaginado que cincuenta años atrás la ciencia y la tecnología ganaran la carrera a la magia. Fue entonces cuando los hechiceros, brujas y druidas dejaron de ser útiles ya que las máquinas y otros inventos *del demonio* solucionaban los problemas de la mayoría de los mortales a un precio muy bajo. Pasaron de ser venerados a ser parias repudiados por su don, obligados a ocultarse y evitar ser descubiertos.

Ya no quedaba nadie que pudiera controlar la magia. Al menos que Ezra supiera. Años habían pasado desde que notó un movimiento de la energía mágica y muy a su desgracia consumió todo su poder y capacidad mágica con aquel último hechizo, por lo que no le quedaba otro remedio que estar

atrapado en aquel mundo hasta el fin de sus días. Miró al Sauce de nuevo e intentó recordar su última conversación con ella. Pero su memoria ya no era como antes.

¿Y si te consigo la eternidad?

Ambos sabemos que eso es imposible

—Buenos días, Señor. — Su cuidadora entró a la habitación interrumpiendo sus frágiles recuerdos. — Se ha despertado más temprano que de costumbre. ¿Va todo bien?

Alicia apenas tendría unos veintipocos años y llevaba aproximadamente un año desde que había empezado a trabajar para Ezra, pero a pesar de su juventud e inexperiencia, era una persona muy atenta, cariñosa y sorprendentemente curiosa. Además de ayudar a Ezra en su día a día, Alicia pasaba mucho tiempo con él y siempre que las tareas y sus estudios no le tuvieran ocupada, rogaba a Ezra que le contara anécdotas de una época más antigua. Pero él era cauteloso, al fin y al cabo, había sido un hechicero y debía mantener su secreto bien guardado.

—Todo bien... —mintió.

Aquella mañana Ezra se notaba más fatigado de lo habitual. Además, sentía un agudo dolor en el abdomen y sospechaba que no tenía nada que ver con el botón de su pantalón.

—¿Seguro? Está sudando... — inquirió Alicia desconfiada.

Pero Ezra no le prestaba atención, no le quitaba el ojo al Sauce del jardín cuyas ramas alcanzaban el suelo y se movían suavemente con la mínima brizna de aire.

— Alicia, ¿crees que es posible ser eterno?

Aunque parecía una pregunta fuera de contexto, no sorprendió a Alicia. Era muy habitual en Ezra que preguntara de forma repentina. Después de todo era un intelectual y a ese tipo de personas les apasiona divagar y pensar sobre las cosas que le rodean. De vez en cuando necesitan expresar sus pensamientos en voz alta para poder seguir elucubrando.

—Pues no lo sé, hasta donde yo sé todo tiene un fin, incluso los árboles. Pueden parecer eternos, pero tienen un tiempo máximo de vida.

Tan sólo me quedan 2 meses

¿Y si fueran 60 años?

—¿Y si engañosamos el tiempo? —preguntó Ezra a su joven compañía — Para ti un mes no puede ser nada, pero para una mariposa puede ser una vida completa.

Alicia no supo qué contestar, se quedó atenta a Ezra, que no apartaba sus taciturnos ojos del sauce desde su sillón mientras jugueteaba con su bastón. “Ojalá nevara este año” pensó para sí mismo tras nota una fuerte presión en su pecho.

Y en aquel momento, como si el cielo le hubiera escuchado, comenzó a nevar. Ezra se levantó con dificultad de su asiento y se acercó a la ventana incrédulo. El cielo estaba cubierto de nubes y los primeros copos de nieve comenzaron a posarse sobre las hojas azules del sauce.

—Nieve... — se giró hacia Alicia con lágrimas en los ojos y una gran sonrisa en la cara. Apenas podía contener su emoción — Alicia, ¡está nevando!

Su joven cuidadora le devolvió la sonrisa mientras ocultaba tras de sí unas runas mágicas.

—Así es, está nevando. Es un milagro de Navidad. ¿A que es precioso?

Ezra no apartó su mirada del árbol, apenas pestañeaba. No quería dejar escapar ningún segundo de aquello que no había podido contemplar en los últimos años debido a la falta de nevadas.

Las ramas del Sauce empezaron a moverse de un lado para otro como si estuviera realizando un baile mientras poco a poco se desvanecían entre los copos de nieve.

¿Y que pasará contigo?

Mientras tú vivas, me conformo con verte sólo cuando nieve.

El Sauce dejó de ser un árbol para convertirse en una mujer de largos cabellos azules que bailaba sobre la nieve que ya se había acumulado en el suelo. La mirada de Ezra buscó la de aquella mujer, y en el momento que ambos coincidieron ella sonrió. No había cambiado apenas nada, seguía teniendo aquella juventud alegre y llena de vida. Y por suerte para Ezra había podido volver a verla justo antes de que él se desvaneciera para siempre.

Alicia se aseguró que la última voluntad de Ezra se llevara a cabo. Tal y como indicaba en sus últimas voluntades, quería ser enterrado a los pies del Sauce Llorón. Y a pesar de las negativas y de los problemas legales

que tuvo que sortear, consiguió cumplir su promesa y finalmente descansó junto aquello que más amaba.

Lo que Alicia jamás pudo imaginar es que las raíces del árbol abrazaran el ataúd de Ezra transformando así sus hojas azules en violetas. Aquel árbol jamás volvió a transformarse incluso en las más intensas nevadas. Y aunque los sauces viven 60 años, aquel árbol no perdió ninguna de sus hojas ni la vida en sus ramas a pesar de las guerras, los temporales ni otras catástrofes naturales.

Y se convirtió en leyenda, siendo conocida como El Sauce Eterno.